

CAPÍTULO X.

1764—1766.

INGLATERRA PROVOCA LA CONTIENDA.

Progreso de las colonias.—Su riqueza y adelantos.—La llama de la libertad.—Como empezó la discordia y causas que la produjeron.—Observaciones filosóficas de Mr. Guizot.—Política del Gobierno inglés.—Autoridad del Parlamento sobre las colonias.—Opinion de Mr. Walpole respecto á los impuestos.—Plan de Jorge Grenville.—Como llegó á conocimiento de los americanos.—Resolucion del Congreso de Massachusetts.—Instrucciones á los agentes en Inglaterra.—El folleto de Otis.—Conducta de las otras colonias.—Razones que tuvo Grenville para no acelerar la aprobacion de la ley del sello.—Opinion de los colonos sobre este punto.—Ignorancia de Inglaterra acerca de la situacion de América.—Pregunta de Townshend.—Elocuente contestacion del Coronel Barré.—Aprobacion del *bill*.—Carta de Franklin á Thompson.—Patricio Henry y la Asamblea de Virginia.—Debate violento.—El discurso de Henry.—Manifestaciones populares en varias colonias.—Reunion del Congreso colonial de Nueva-York.—Sus actos.—Motin de Nueva-York.—Los hijos de la libertad.—Cambio del ministerio inglés.—Parlamento de 1766.—Discurso de Pitt.—Discurso de Grenville.—Elocuente contestacion de Pitt.—Franklin en la Cámara de los Comunes.—Anulacion de la ley del sello.—Opiniones de Camden.—Aprobacion del rey.—Alegría general en Inglaterra y su resultado.—Apéndice al capítulo x.—Carta de Franklin á W. Alexander.—Ley del sello.

La rendicion del Canadá y de las tribus indias en el Nordeste, impulsó los adelantos de las colonias del Maine, que aunque las mas antiguas de la América del Norte, se hallaban en notable retraso por las continuadas guerras con los indios. Al poco tiempo, nuevos pobladores comenzaron á ocupar el Kennebec inferior, estendiéndose á lo largo de la costa hácia Penobscót, y varios emigrantes procedentes de Nueva-Inglaterra llenaron el puesto que dejaban vacante los desterrados de Acadia. El Connecticut superior empezó á poblarse tambien con muchas familias procedentes del lago Champlain, y los emigrantes de Pennsylvania, Maryland y Virginia, sin hacer aprecio de una real orden que lo prohibia, continuaron ocupando las montañas y las estensas tierras del Monongahela, que las Seis Naciones reclamaban como suyas. En la Carolina del Sur se hicieron muy buenas proposiciones para inducir á los labradores de Irlanda y Alemania á que poblasen los distritos superiores de aquella provincia. Tambien Georgia iba aumentando rápidamente su poblacion, pues el gobernador Wright hizo comprender á todos el valor de los trabajos de la agricultura en aquellas fértiles tierras, bañadas por los rios. En 1763 se publicó en dicha colonia el primer diario, que se titulaba *Gaceta de Georgia*. La poblacion de Florida esperimentó asimismo un notable aumento, y sus recursos comenzaron á desarrollarse durante los diez años siguientes, con mucho mas provecho que en todo el tiempo que estuvo bajo el dominio de España. Varios emigrantes del Canadá se establecieron en Louisiana, que se hallaba aun en poder de los franceses, aunque, segun las condiciones del tratado de Fontainebleau, la isla y ciudad de Nueva-Orleans y la parte Oeste del Mississippí se habian cedido á España, cuya dominacion, digámoslo de paso, no agradaba mucho á los habitantes de la citada colonia. Tanto es así, que en varias ocasiones

manifestaron claramente su disgusto, y hasta se resistieron á prestar obediencia, mas esto no dió resultado alguno, porque la transferencia á España tuvo lugar en 1769 (*).

En las mas antiguas colonias notábanse tambien evidentes señales de progreso, puesto que con la riqueza aumentaba el número de habitantes. Mr. Hildreth definió aquella época con el nombre de, *la edad de oro de Virginia*, Maryland y la Carolina del Sur, cuya poblacion y productos se acrecentaron como nunca. Norfolk y Baltimore iban tomando el carácter de ciudades comerciales; Philadelphia y Nueva-York, únicos puertos de un vasto país, adelantaron rápidamente; y Boston, que habia permanecido estacionario por espacio de veinte y cinco años, siguió lo mismo otro tanto tiempo porque en el comercio y en la navegacion hacian la competencia otras ciudades que se estendian rápidamente á lo largo de la costa de Nueva-Inglaterra. La dureza en las costumbres y la desconfianza de los primitivos tiempos fué desapareciendo poco á poco; la aficion á la literatura y á las ciencias comenzó á desarrollarse; los seis colegios coloniales se llenaron de estudiantes, y por los esfuerzos de Shippen y Morgan, ambos naturales de Pennsylvania, establecióse en la última colonia una escuela de medicina, primera institucion de esta clase en América (**).

Hasta las bellas artes tuvieron sus partidarios: West y Copley, nacidos en el mis-

(*) Véase la obra de Mr. Gayarré, *Historia de la Louisiana*, vols. II y III. El espíritu patriótico del autor basta para recomendar aquella á nuestros lectores.

(**) Es oportuno consignar aqui, usando el lenguaje de Mr. Francis, que, «Nueva-York es la ciudad que primero organizó una facultad completa de medicina durante nuestras relaciones coloniales con la Gran Bretaña. El Colegio del Rey fué el primer instituto de América que en 1767 confirió el grado de Doctor en medicina.» Véase el interesante informe del Dr. Francis en el aniversario que tuvo lugar en febrero de 1856.

mo año, comenzaron á despuntar como retratistas, uno en Nueva-York y el otro en Boston, pero pronto buscaron ambos en Lóndres mas ancho campo á sus aspiraciones. Mr. Hildreth observa que el estudio de las leyes adquirió tambien cierta importancia, pues Henry, Otis, Dickinson y otros, se alistaron entre los numerosos adversarios de aquellos que querian intervenir en los derechos y libertades de los colonos, ejerciendo luego una poderosa influencia en las Asambleas coloniales (*).

Nos hemos estendido sobre esta materia, no solo por el interés que ofrece bajo el punto de vista histórico, sino á causa de su importancia en la presente crisis de los asuntos de América. La energía de las colonias iba desarrollándose notablemente, y se revelaba con la mayor evidencia su firme resolucion de hacer valer sus derechos y mantenerlos á todo trance. La confianza en sí mismos se engendraba poco á poco entre los americanos, y bien pronto se juzgaron bastante competentes y autorizados para resolver por sí solos cualquiera dificultad que pudiese suscitarse en el progreso de su organizacion social y política. «En el corazón de aquel pueblo, como dice muy bien Juan Quincy Adams, comenzaba á inflamarse la llama de la LIBERTAD: su atrevimiento y osadía en las empresas, su resignacion para sufrir toda clase de privaciones y fatigas, la impávida intrepidez con que arrostraba los peligros y su constante adhesion por los principios que siempre rigieran, comunicaron energía y valor al carácter de los primi-

(*) En aquella época habia en la Carolina del Norte 95,000 habitantes blancos; en Virginia, unos 70,000 y 100,000 negros; Maryland, contaba con 70,000 blancos; se calculan para Pennsylvania 280,000; New-Jersey, mas de 60,000; Connecticut, 141,000 blancos, 4,500 negros y 930 indios; Massachusetts, 240,000 habitantes, y el Canadá, en fin, 100,000 almas. *Anales*, de Holme, vol. II, pág. 117.

tivos pobladores de todas aquellas colonias. Ciertamente es que ya habían pasado dos ó tres generaciones de hombres, pero no lo es menos que se aumentaban con pasmosa rapidez, por más que aquella tierra misma hubiese sido reciente teatro de una feroz y sangrienta guerra de siete años, entre las dos naciones más poderosas y civilizadas de Europa, que luchaban por la posesión de un continente. En aquella empeñada contienda pronuncióse la victoria en favor de Inglaterra, que conquistó las provincias de Francia, espulsando por completo á su rival del territorio, cuyo dominio pensaba compartir con España, limitándose con el Mississippi. Y no bastándole esto, subyugó las tribus indias que poblaban bosques donde nunca penetraran los europeos, estableció un constante monopolio en el comercio de todas sus colonias, y se hizo dueña en fin de cuanto le rodeaba; pero sin recordar los ejemplos de épocas anteriores, olvidándose de las máximas escritas con la sangre de sus propios hijos, á través de remotos siglos, cometió la imprudencia de intentar poner contribución á las colonias *sin su consentimiento.*»

Esto ocasionó una coalición inevitable, acelerando el momento de la lucha en que iban á defenderse los privilegios y las libertades, motivo suficiente para que los colonos, que no querían que se les impusiera nada por fuerza, se levantase como un solo hombre para defender lo que para ellos era quizá más caro que la vida. Una rápida ojeada sobre las causas que motivaron la lucha con la madre patria, demostrará la verdad de cuanto acabamos de decir.

Inglaterra había alcanzado, bajo el ministerio Pitt, una preeminencia militar desconocida hasta entonces en su historia, pues sometiendo á sus enemigos, y de triunfo en triunfo, llegó á proclamarse señora de los

mares y superior á todos sus competidores. Esto no lo consiguió sin embargo sin hacer pesados gastos, y en medio de la gloria que acababa de adquirir, encontróse con una deuda enorme que la obligaba á crear impuestos difíciles de satisfacer (*). No es extraño, pues, que, terminada la guerra y siguiendo las sugerencias de Pitt, se adoptasen medidas para exigir algún auxilio de las colonias, así como no lo era tampoco que estas mirasen con prevención cualquier proyecto encaminado á violentar lo que ellos consideraban un derecho indisputable en lo tocante á no facilitar recursos sino por mediación de sus representantes. Los siete años de guerra habían costado á los colonos inmensos sacrificios, pues no solo perdieron 30,000 hombres durante la lucha, sino que se gastaron diez y seis millones de duros, de los cuales solo satisfizo cinco el Parlamento. Massachusetts, Connecticut, Nueva-York y Virginia habían contraído una deuda inmensa, y los colonos no podían menos de reconocer cuanto aumentaba su importancia con los resultados de aquella guerra á cuyo buen éxito contribuyeran tan poderosamente. Ya no eran niños débiles y sin experiencia, sino hombres vigorosos y enérgicos, los cuales estaban dispuestos á demostrar cuando fuere necesario, con la firme resolución de mantener su derecho y no permitir que nadie absolutamente atacase sus privilegios.

Al hablar sobre este punto, dice Mr. Guizot (**):

«Es una honrosa distinción para Inglaterra el haber dado á sus colonias desde su infancia el principio seminal de la libertad, pues todas ellas, ya al establecerse, ó poco

(*) La deuda nacional ascendía en aquella época á 140,000,000 de libras esterlinas.

(**) «Ensayo sobre el carácter é influencia de Washington,» págs. 14-24.

tiempo después, recibieron Cartas, concediéndoles los privilegios de la madre patria, y estas Cartas no eran papeles inútiles, ni documentos de valor dudoso, puesto que por ellos se establecían y reconocían esas poderosas instituciones que indujeron á los colonos á defender sus libertades y á reprimir el poder dividiéndolo. Por eso se reservaron el derecho de votar los impuestos, el de crear, previa elección, los diversos cuerpos administrativos, el de elegir un jurado para el crimen, y el de reunirse, en fin, para deliberar sobre los asuntos de interés general. Así, la historia de esas colonias no es más que el práctico y activo desarrollo del espíritu de la libertad, estendiéndose bajo la protectora influencia de las leyes y tradiciones del país, y tal, seguramente, fué la historia de la misma Inglaterra..... Al nacer las colonias inglesas, encontramos en ellas, una junto á otra, tres potencias distintas, con sus libertades, y consagradas por las mismas Cartas; estas tres potencias eran, la Corona, los propietarios fundadores, ya fuesen compañías ó individuos, y la madre patria; la primera reconocida en virtud del principio monárquico, con sus tradiciones derivadas de la Iglesia y del Imperio; la segunda, á quien se había otorgado el territorio en virtud de los principios feudales que conceden la soberanía al propietario del terreno; y la tercera, en fin, en virtud del principio colonial, que en todas épocas y entre todas las naciones, por una relación natural, concede á la madre patria una gran influencia sobre la población que procede de su seno. Desde un principio, así en el curso de los sucesos como en la concesión de las Cartas, hubo una confusión grande entre estos poderes, que ya se unían ó separaban, protegiéndose ó declarándose enemigos para favorecer ó combatir las franquicias de los colonos, y no hay para que

decir que al verificarse estos cambios no dejaron de alegarse pretextos, citar hechos y presentar pruebas en justificación y apoyo de las pretensiones de cada uno.

En medio del siglo XVII, cuando se echó por tierra el principio monárquico en Inglaterra, en la persona de Carlos I, hubiera podido suponerse por un momento que las colonias se aprovecharían de esta circunstancia para declararse enteramente libres de la dominación; y es cierto que algunas de ellas, tal como Massachusetts, instigada por los severos Puritanos, se mostraron dispuestas, si no á romper enteramente los lazos que les unían á la madre patria, á gobernarse solo por sí mismas con arreglo á sus propias leyes. Pero el Parlamento, observando el principio colonial y en virtud de los derechos de la Corona, mantuvo con moderación la supremacía de la Gran Bretaña, y más tarde Cromwell, siguiendo la misma política y por un juicioso y firme principio de protección, impidió ó reprimió en las colonias, así realistas como puritanas, las aspiraciones á la independencia. Esto fué fácil tarea para Cromwell, pues en aquella época las colonias eran débiles y se hallaban muy divididas. En 1640 no contaba Virginia más que 3 ó 4,000 habitantes, y en 1660 apenas llegó su número á 30,000, en tanto que Maryland solo contaba unas 12,000. En estas dos provincias el partido realista tenía mucho ascendiente y se regocijó por la Restauración, mientras que en Massachusetts predominaban las ideas republicanas, hasta el punto de que, cuando el gobierno local tuvo que proclamar á Carlos II como rey, prohibió al mismo tiempo las reuniones tumultuosas, los festejos públicos, y hasta que se bebiera á la salud del monarca. En aquella época, pues, no existía ni la unidad moral ni la fuerza física suficiente para fundar un Estado.

Después de 1668, cuando Inglaterra tuvo al fin un gobierno libre, las colonias no esperimentaron por esto grandes ventajas, porque las Cartas que Carlos y Jacobo II les recogieron en un principio, no les fueron devueltas sino después de introducir en ellas grandes modificaciones, lo cual fué causa de que continuase reinando la misma confusión, reproduciéndose la lucha entre los diversos poderes. La mayor parte de los gobernadores que llegaron de Europa, revestidos temporalmente con las prerogativas de la monarquía, hicieron uso de ellas con mas arrogancia que fuerza, siendo así que solo se trataba de una administracion, por lo general, inconsistente, vacilante y que se distinguía con frecuencia por su afán de posponer los intereses del público á mezquinos intereses particulares. Así pues, las colonias no solo tuvieron que depender de la Corona, sino tambien de la madre patria, de modo que su real soberano no era únicamente el rey, sino el pueblo de la Gran Bretaña representado por un Parlamento que trataba á las colonias y usaba con ellas el mismo lenguaje que aquellos reyes usaron con el Parlamento mismo. Un senado aristocrático es el amo mas intratable que se puede encontrar, pues cada miembro posee el poder supremo, y ninguno es responsable por el uso que hace de él.

Entre tanto las colonias aumentaban rápidamente en poblacion, en riqueza y en preponderancia, y en vez de ser unas cuantas oscuras comarcas que se ocupaban solo de sus asuntos particulares, contando apenas con elementos de existencia, íbase formando un pueblo cuya agricultura, comercio, carácter emprendedor y posicion respecto á otros estados, le hacia acreedor á ocupar un puesto de importancia. La madre patria no se hallaba en estado de gobernar bien á las

colonias, ni tuvo tampoco la mala voluntad de oprimirlas demasiado, limitándose tan solo á molestarlas sin impedir su progreso.

Con arreglo á la política observada por el ministerio inglés, se propuso mantener en América un cuerpo de ejército de 10,000 hombres, como garantía de paz y para atender á la defensa de las colonias, si bien es probable que al adoptar esta medida se reflexionara lo importante que era tener allí semejante fuerza, para sostener la autoridad de la Corona. Tan pronto como se aseguró la paz, los sucesores de Mr. Pitt en el gabinete, según lo propuesto por la Junta de Comercio algunos años antes, resolvieron ensayar un sistema de impuestos que decretaria el Parlamento, el cual seguramente ejercia autoridad sobre las colonias, pero sin que se supiera con exactitud hasta qué punto alcanzaba aquella, toda vez que los colonos ni habian aceptado voluntariamente la intervencion del Parlamento en las *cuestiones de comercio*, ni les agradaba tampoco que la legislacion y la autoridad de aquel se extendiera á otros diversos ramos y asuntos. El Parlamento habia organizado el comercio colonial del modo mas conveniente para que la madre patria se beneficiase sola durante mucho tiempo, y al efecto tuvo buen cuidado de nombrar los empleados de aduanas, creando al mismo tiempo, tribunales del Almirantazgo, que si bien encontraron siempre una resistencia sistemática, revestian al Parlamento de cierta autoridad legal para intervenir en los asuntos comerciales. Pero debe observarse que aquel no procedió nunca á imponer contribuciones, pues no deben reputarse como tales los derechos que se fijaron para la correspondencia y otras pequeneces por el estilo; y como quiera que se considere la cuestion respecto á los planes del Parlamento, es lo cierto que nunca habia intenta-

do adoptar aquella medida. Cuando el ministerio inglés pensó hacerlo, cambiando de política, puede decirse que ya empezaban á germinar entre los colonos las ideas de libertad.

Al hacerse indicaciones al astuto ministro Sir Roberto Walpole para que impusiera una contribucion directa á las colonias, según ya hemos manifestado en otro capítulo, aquel gran político rehusó adoptar semejante medida, diciendo: «Dejaré ese trabajo para aquel de mis sucesores que tenga mas valor que yo y menos consideracion por los intereses comerciales de Inglaterra, porque es mi parecer, que si favoreciendo el comercio de las colonias con los demás países, ganan 500,000 libras, al cabo de dos años, mas de la mitad de esa suma ingresará en las cajas reales por los grandes pedidos que se harian á nuestras fábricas inglesas. Este modo de imponerles contribuciones me parece mas conveniente y mas conforme con sus leyes y especial constitucion.» Hé aquí lo que pensaba Walpole, pero sus sucesores no eran tan sagaces políticos como él, y se aventuraron á intentar lo que él no quiso hacer nunca, esto es, á imponer una contribucion á las colonias (*).

Se supone que Jorge Grenville, que fué quien concibió el proyecto de crear un impuesto con los sellos, dudó mucho acerca de

(*) La medida adoptada respecto á imponer una contribucion á los americanos, pareció tanto mas justa y conducente cuanto que en Inglaterra se tuvo conocimiento del lujo y comodidad con que vivian. Dijose que los colonos estaban hechos unos principes, en tanto que los ingleses trabajaban mucho para pasarlo en la mediania. Los oficiales llegados últimamente á la Gran Bretaña, dijeron que los americanos eran ricos y poderosos, pero acaso esta opinion fuera hija de las observaciones que hicieron en varias ciudades durante la guerra, para lo cual fué necesario invertir grandes sumas á fin de sostener dos ejércitos. Además el comercio florecía entonces por los muchos pedidos de productos americanos que se hicieron en aquella época, y á esto debe añadirse, que los habitantes, naturalmente generosos y hospitalarios, gastaban mas de lo regular por obsequiar á los extranjeros que iban á visitarles. Cuando se concluyó la guerra y no

si habria ó no derecho para imponer una contribucion á las colonias sin intervencion de sus representantes; pero, como dice muy bien Mr. Bancroft (*), á Grenville le gustaba estar en el poder y gozar del favor del Parlamento, y viendo con una especie de terror cuán inmensa era la deuda de Inglaterra, insistió en que las colonias debian contribuir á sobrellevar la carga. Sin acordarse de las sabias observaciones de Walpole, presentó al Parlamento una proposicion que tenia por objeto obligar á los colonos á satisfacer un impuesto por medio de los sellos con que deberian legalizarse los *bills*, recibos, pagarés, pólizas de seguridad, documentos de varios géneros, etc. Dicha proposicion se entregó mas bien para que se tuviera conocimiento de ella, que no para que se tomase en consideracion.

Al año siguiente, Grenville, entonces primer ministro, propuso varias medidas encaminadas á desarrollar su plan (**), y resolvió entre otras cosas, fijar derechos sobre los artículos que se importaban á las colonias, tales como el azúcar, el añil, el café, etc., declarando terminante que el objeto principal era imponer una contribucion para sufragar los gastos que ocasionaba la defensa y proteccion de los dominios de S. M. en América. Estas resoluciones se aprobaron por la Cámara sin gran debate y sin darlas mu-

hubo ya que temer peligro alguno, puesto que el Canadá y los demás territorios que se estienden hasta el Mississippi se acababan de ceder á la Gran Bretaña, creyeron los colonos que todo cuanto hiciesen era poco para obsequiar á los que contribuyeran á la victoria, y ya para agasajarlos, ó bien para satisfacer su amor propio, hicieron mas ostentacion de la que podian, pidiendo prestada á sus vecinos rica vajilla y otros objetos de lujo. La mucha variedad de manjares y licores les facilitaba presentar una mesa elegante y espléndidamente servida con muy poco gasto.—*Historia de la Revolucion Americana*, por Gordon, vol. I, pág. 157.

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Bancroft, vol. v, pág. 156.

(**) *Id.* pág. 186.